

De la Isla y de las Islas

# GARACHICO, MAR DE NAOS Y GALEONES

JUAN A. PADRON ALBORNOZ

«**G**LORIOSA en la adversidad», la acertada frase de don Leoncio Rodríguez —fundador y director de «La Prensa»— desde junio de 1886 luce en el escudo heráldico de la Villa y Puerto de Garachico que, precisamente entonces, conmemoraba el 280 aniversario de la erupción volcánica de Montaña Quemada.

En Garachico, donde se ve el azul del cielo y el azul de la mar, la paz de los años idos cubre con su manto sencillo todo el trabajo —siempre ejemplar— tanto en los campos como en la lámina infinita,

camino azul sin linderos por el que mucho y bien prosperó la Isla toda. En Garachico, patria de Tomás Cano, los buenos marinos que, con las manos en las cabillas de la ruedas del timón, bien supieron derribar distancias en todos los mares.

Donde los galeones rompieron la tierna corteza de la mar, la Villa y Puerto —valerosa y fresca— bien conserva la estampa antigua, sencilla y elegante, cuya historia comienza con el genovés Cristóbal de Ponte, Mateo Viña y Agustín Interián, que bien supieron trabajar sobre piedras llenas de siglos y de soles.

En la costa, la Villa y Puerto tiene roca limosas, verdes y rezumantes; allí muchos sintieron la llamada poderosa de la mar alta y libre, toda la emoción de la brújula y el mapa-mundi.

En años idos —evocados por la reciente escala del bricarca «Alexander von Humboldt»—, la Villa y Puerto estuvo abierta a todas las emociones marineras, a la policromía de las banderas que lucían a la sombra de las velas repletas de sol y brisa.

Años pasaron y reformas vinieron y, en las estelas de las naos y los

galeones, arribaron fragatas y bergantines primero, goletas y balandras más tarde y, en un antaño casi reciente, los vapores del tráfico de cabotaje y frutero.

Estos —«Aguila de Oro», «Isora», «Tacoronte», «Santa Eulalia», «San Juan II», etc.—, iban y venían empenachados de humo y, bajo el «pescante», embarcaban los huacales que —en espectaculares cubiertas— traían a Santa Cruz. Con tales vapores, los «Sancho II» y «Santa Ursula» que, por las chimeneas de mucha guinda y combrete, dejaban escapar el leve y rítmico aliento

de los motores que en ellos latían.

En Garachico —donde llega hasta el alma el resonar de las estrellas— los veleros pusieron y mantuvieron toda la gracia de sus palos y masteleros, engallados baupreses, cascós escualos y cuchillos.

Allí, frente a la batalla blanquiázul de la mar, el monumento sencillo —la botavara de la «Nivaria»— a los no menos sencillo veleros que ya no son en el Atlántico isleño.

En la paz de Garachico —en la Villa y Puerto que tuvo y mantuvo un regalo azul pintado de barcos— buscamos siempre la eternidad del dulce pasado, pues lo eterno no es el porvenir, lo eterno es el pasado, pues sólo lo que pasa queda.

En Garachico, cielo de muchos siglos sobre piedras con siglos, tierra sonora, mar que añora los veleros que sangraban de soledad y ausencia, toda la dulzura de la melancolía infinita e indefinida.

La Villa y Puerto nos indica, con la muda voz de su actividad ejemplar, que allí se sigue laborando con fe, con la hermosa calma y la perfección de un soneto. ■

Buenos Días

# LA «TORRE DEL CONDE» DE PUNTA DEL HIDALGO

FLORILAN

**H**ACE pocos días fui invitado a una paella. Una paella singular, por cierto, porque se trataba de una peña de amigos, y el cocinero, el que iba a confeccionarla, era uno de ellos. Un cocinero, por lo tanto, «amateur», no profesional.

Tampoco se confeccionaba ni la íbamos a comer en un restaurante, ni siquiera en la casa de uno de tales amigos. Era en una casa habilitada «para que cada uno se haga la comida como quiera», que yo no sabía que existieran en la isla.

Se trataba de los altos de La Matanza, en un lugar llamado «Casa de Julio el Piense», porque parece ser que en su día se vendía allí dicho alimento para los animales. Hoy en día es una «venta grande», donde hay de todo, desde arroz hasta vino, pasando por pimientos, tomate, pan, etc. etc., y donde puede comprar las vituallas para hacerse usted mismo, por su mano, la comida. Es decir, una especie de «self service» a estilo campo.

La paella resultó exquisita, por lo que habría que felicitar a Don Amadeo Cugat, pero lo bueno, o también lo bueno, estuvo después en el copeteo.

Apareció por allí —yo no tenía el gusto de conocerlo personalmente— Eladio de la Cruz, prestigioso escultor santacrucero y autor, entre otras obras, del Monu-

mento a La Salle, que está donde termina el puente de Galcerán, según se va hacia el sur, y del también Monumento a Sebastián Ramos, que está en la Punta del Hidalgo, realizaciones artísticas ambas, como se sabe, de excelente factura.

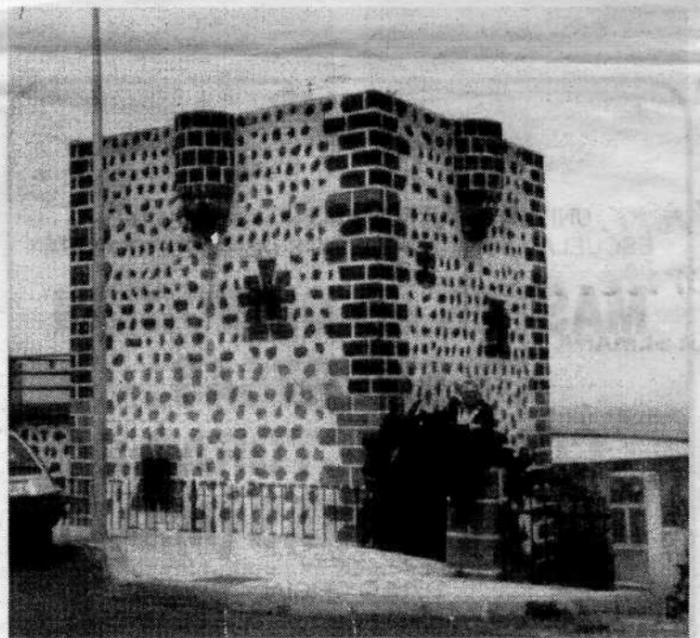
Bien, pues estábamos hablando cuando uno de los presentes, Adolfo Martín García, dijo que el día anterior había sacado fotografías, en la Punta, tanto del citado Monumento a Sebastián Ramos, como de «la Torre del Conde» de la misma localidad.

—¿Cómo que «la Torre del Conde» de la Punta del Hidalgo?, se volvió rápido Eladio de la Cruz.

—Pues, sí, «la Torre del Conde» de la Punta del Hidalgo, afirmó Adolfo.

—¡Pero si yo estuve allí durante muchos días cuando se montó el monumento, y no he visto nada que se parezca, replicó el escultor.

Total, que se entabló la discusión, y a los pocos días me tomé el trabajo de acercarme yo mismo a la citada localidad lagunera, para certificar «in situ» la existencia de tal reproducción de la torre gomera y colombina, para cuyo testimonio se acompaña la foto hecha en mi presencia en un lugar no lejos de la placita donde está el excelente trabajo de Eladio de la Cruz. ■



**ALCORDE**

presenta en Canarias las embarcaciones neumáticas

**AVON**  
NRO. 1 EN EUROPA

En: 3'40 m. - 3'80 m. mod. Rovers, 4'00 m. mod. Spitfire, y otros...

y todo lo relacionado con el deporte náutico.

C/ La Marina, 63 Tfnos: 27 11 86 - 27 12 46 Fax: 24 72 46  
Y muy pronto, en el Pol. Ind. Los Majuelos, con 3.000 m<sup>2</sup> de exposición y ventas, y aparcamiento propio.

Fabricadas en Inglaterra

Precios especiales de promoción

Facilitamos financiación